

*El mundo que compartimos, nuevas alternativas*¹

Teresa SAN ROMÁN
Universidad Autónoma de Barcelona

Cuando me propusieron este tema para escribir más páginas, asentí desde el recuerdo de muchos años de trabajo con minorías étnicas mayoritariamente pobres y excluidas. Pero al sentarme ahora delante del papel me doy cuenta de que nunca debí aceptar. El peso de estos dos últimos años de conversaciones con inmigrantes de Senegal y Gambia, de estos cuatro últimos años de trabajo desde la Universidad para aplicar el más fiable del conocimiento escaso y precario de que disponemos sobre pobres y marginados diferentes, ha resultado ser un peso excesivo, también excesivamente negativo. Me siento hoy más capaz de exponer lo que la Universidad jamás debería permitirse hacer que de incitar a ningún tipo de bienhacer. No puedo, en todo caso, hablar más que desde el temor a que todo siga igual, a que todo siga siendo una aproximación distante e interesada a unos seres humanos a quien lo que les faltaba es la acción múltiple, simultánea, competitiva, ajena y utilitaria de los investigadores universitarios.

Siempre he defendido la aplicación de los conocimientos de las ciencias sociales al intento de buscar soluciones deseadas por las poblaciones marginales. Siempre he pensado que el examen crítico de objetivos, planteamientos y medios, al calor de un conocimiento construido con exigencia, lúcida-mente inspirada, podría contribuir decisivamente a una planificación más útil y certera, menos engañosa, más transparente. Y siempre he pensado también que el seguimiento de las intervenciones sociales por parte de los investiga-

¹ La *Revista de Antropología Social* y Teresa San Román agradecen al Dr. Jaume Porta, editor del libro «La Universidad en el cambio de siglo», y a la Editorial Alianza que hayan permitido la reproducción de este texto.

dores universitarios supone una experimentación *stricto sensu* en la que el científico, si quiere, tiene todas las posibilidades imaginables de contrastación de sus enunciados. No es que ahora haya cambiado de criterio. Ocurre que hay cosas, demasiadas cosas, que pasan por delante de todo esto si intento como hoy escribir.

Lo que ahora he podido ver de cerca es la proliferación de un conocimiento construido a base de papel pinocho, y eso me aterra. Estamos declinando, si no me equivoco, nuestra mayor responsabilidad como ciudadanos y ciudadanas, que es hacer bien aquello para lo que se supone que nos hemos formado. Y esa formación produce conocimientos y propicia una capacidad crítica que incide sobre planes e intervenciones administrativas y civiles sobre inmigrantes y gitanos. Incide apoyada por el aval de la Universidad, asentada en la autoridad, el poder y el prestigio de la Universidad. Un conocimiento que creo ahora, sin embargo, convertido en papel pinocho que se extiende suavemente, que poco a poco te arrastra y te compra y te vende.

Me refiero, evidentemente, a los estudios —decenas de estudios— sobre personas hartas de ser estudiadas para nada que les competa. Estudios que se diseñan sin una convicción interdisciplinaria, aunque muchas veces en ellos se declare lo contrario, y por lo tanto parcial y presuntuosa. Estudios en los que la parafernalia cuantitativa o la sutileza cualitativa se ensañan sobre unos datos pobres, forzados, abandonados a la captación inexperta. Los inmigrantes de carne y hueso casi no existen para la Universidad, como nunca existieron los gitanos, relegados a la excentricidad de cinco o seis investigadores que mantienen la necesidad humana del contacto con su objeto-sujeto de estudio y la necesidad técnica de la experiencia y la preparación para hacer un trabajo de campo.

El resultado no es sólo un pobre conocimiento de los pobres, que sería un mal menor, no es sólo la osadía de hacer recomendaciones a los agentes de cambio, que es una inmensa irresponsabilidad. Lo peor es el hastío, la indignación a veces, que los inmigrantes y los gitanos llegan a sentir ante una pregunta, la primera, de un investigador universitario. Permítanme unos ejemplos de este malestar que siento:

— Hace muy pocos meses un gambiano de una población pequeña cercana a Figueres me contaba que se había negado a colaborar en un estudio «porque la segunda pregunta, sobre la edad, decía: de tantos años a tantos, de tantos años a tantos, y luego, de sesenta a sesenta y cinco, fíjate, y al final, más de setenta. Es el colmo. Si esta gente se hubiera tomado un fin de semana para pasearse entre nosotros sabría que no hay ni un solo viejo. Pero les damos igual, sólo les servimos para rellenar sus malditas hojas y después hacer gráficos. Gráficos sobre nada, eso son sus gráficos». Al negarse a un senega-

lés «mediador» (interpuesto), éste fue a referirlo al jefe, al supuesto trabajador de campo responsable de esta tarea en el supuesto proyecto por encargo del supuesto investigador. Y el jefe bajó y pidió a este hombre de Gambia que le mostrara el carnet de identidad. Por fortuna, sólo levantó la indignación y el desprecio porque el inmigrante, trabajador a jornal en el campo de Gerona, tenía a sus espaldas dos migraciones previas, muchos «estudios», un buen temple y tres años de Derecho en la Universidad de Dakar.

— Hace pocos meses, en los resultados estadísticos sobre una muestra de gitanos en otro lugar, desconfié, junto a algunos gitanos presentes, de la posibilidad de existencia en aquella zona de tantos trabajadores asalariados. Parece que les preguntaban «y usted, por favor, ¿en qué trabaja?», a lo que todos los vendedores ambulantes, todos los *mangantes* o *mangurrinos* (del caló, mendigar), y todos aquellos que querían quedar bien por escrito y ante un chico tan amable, contestaban en clave a la clase social a la que les habría tocado adscribirse de haber estado en alguna clase social.

— Hace pocas semanas, y por enésima vez, un señor inmigrante de Senegal al que yo trataba de hacerle una pregunta me cortó bruscamente: «y si te contesto, ¿para qué te va a servir a ti y para qué me va a servir a mí?». Creí morir. Pensé a la mayor velocidad que pude que sólo podía contestar con la verdad: a mí para hacer un trabajo que me interesa, porque me gustan muchísimo estos temas y quiero conocerlos, y que me conviene, porque perdería buena parte de mi condición académica si no hiciera estos estudios. A él le interesa tan sólo si yo soy capaz de transmitir a la opinión pública y a la academia que los inmigrantes son tan personas enteras como ellos, tan sólo si soy capaz de incidir en los que realizan las intervenciones sociales de todo tipo para que tengan en cuenta la necesidad de su participación y gestión política en cada intervención, tan sólo si soy capaz de transmitirle a él que merece la pena que nos conozcamos mutuamente, que merece la pena su movilización. Le pareció todo ello dudoso. Quizá con razón. Pero decidió que, al fin y al cabo, había contestado yo antes y me contestó él a mí.

— Antes del verano, una mujer senegalesa me daba una lección. «Estarás cansada de que vengamos unos y otros por aquí a hablar con vosotros, y que vengan otros más a convencerlos de que mandéis a los niños a la escuela o que vayáis al dispensario...», le dije. Se rió suavemente: «No creas, así sabemos cómo sois».

Esto es lo que la Universidad no puede hacer y en buena parte, al menos, está haciendo. La relación entre el investigador y su objeto-sujeto de estudio no es desdeñable. Por el contrario, es la base de la comprensión y el fundamento de la esperanza en una ciencia aplicada a los intereses de la gente, no sólo a los nuestros. Si los estudios de bajísima calidad que constantemente

atosigan y persiguen a inmigrantes y a gitanos están proliferando es en buena medida porque resultan cómodos al investigador, que envía a cualquier grupo de personas no cualificadas², ajenas al propio estudio (sean o no miembros de la minoría en cuestión), a realizar por él una toma de datos seca, descontextualizada, alienada, que le sustituyen como investigador mientras confortablemente se autoadjudica el papel de gran pope sobre el altar del despacho. Vivimos una época de renunciaciones profesionales y humanas. Cada vez hay más trabajos sociales protegidos de la sociedad, entre la que se supone que trabajan con una ventanilla o una mesa interpuesta, más médicos que olvidan que no hay cuerpo y alma sino un alma corpórea que sufre tanto ante el dolor como ante el miedo a volver a padecerlo, cada vez hay más científicos sociales que utilizan a los trabajadores sociales, los maestros, los estudiantes, las enfermeras (con los médicos no se atreven) o los miembros de asociaciones étnicas como instrumentos de toma de datos «porque ellos tienen relación y los conocen», renunciando explícitamente a crear la relación profesional y humana que puede producir las bases de la comprensión y el fundamento de la contrastación, pero, sobre todo, el nivel de humanidad necesario e inexcusable para que el conocimiento sea algo más que una lista de números representando futilidades o una lista de respuestas a preguntas triviales, inadecuadas e impertinentes, si se hacen fuera de una relación entre personas.

Lo único que en este momento soy capaz de decir desde la Universidad respecto a los inmigrantes y a los gitanos es esto: su indefensión ante nuestro atropello se asienta en su propia marginación o su propia pobreza. Sólo una relación humana entre seres humanos es capaz de solventar ese abuso, una relación en la que cada uno se sienta más y más libre de decir «no», de decir «sí», porque sabe los límites, el contexto y el uso posible de su información, de sus datos, de su capital social y cultural colectivo. Si exigiéramos a los investigadores universitarios que realizaran ellos mismos ese esfuerzo de encuentro, de transparencia, de comprensión, parte de los problemas, una parte muy considerable de ellos, se desvanecería porque creo intuir que se harían muchos menos estudios -repetición-de-sí-mismos- de los que hoy se hacen y dejarían un resquicio de esperanza a la investigación entre personas.

Quizá ahora ya estaría más en condiciones de decir que el papel de la Universidad en el tema de la inmigración, las minorías étnicas y la diversidad cultural se fundamenta, a mi entender, en el sustrato único humano que compar-

² No estoy negando la conveniencia, necesidad con frecuencia de los ayudantes de campo, sino lo inexcusable de la presencia del investigador tanto o más que ellos en el campo, realizando esa misma tarea de forma que conozca y comparta el descubrimiento de fallos y errores, de problemas que sólo él puede resolver, su presencia para seguir cuidadosamente el trabajo de cada uno de sus ayudantes y velar por la calidad de ese tramo de una forma que necesita de la experiencia y el conocimiento que se le suponen.

timos y que es el que nos permite la comprensión, la gestación de ideas sobre diferencias y similitudes, sobre el terrible papel de la desigualdad, la contrastación de las ideas a la luz de otras ideas, y a la luz de datos con sentido, con contexto, datos humanos, de personas que son similares y diversas entre sí y ante nosotros, múltiples y complejas, datos vivos. Y diría también con convencimiento que ese saber es necesario, que tiene una utilidad social incuestionable si se acompaña de otros elementos precisos: los objetivos a los que estos colectivos aspiran, la intervención activa en los proyectos de todas y cada una de las partes que se ven afectadas por ellos, la programación de un sistema de evaluación y modificación continuo, el planteamiento integral de los problemas y los objetivos sociales y culturales, y la actuación responsable de todos.

La Universidad es la encargada de construir ciertos tipos de conocimiento y de someter a la reflexión el mundo que compartimos y diseñar nuevas alternativas a él. Si olvidamos esto, la Universidad no es más que un círculo de lectores o un club de diletantes. La utilidad social de la Universidad, en el caso de las personas y colectivos de inmigrantes y otros grupos culturales minoritarios y en todos los demás casos, será mayor o menor en función de la calidad de una relación humana que permita la comprensión de la variedad cultural, de su potencial crítico y su capacidad de predicción teórica. Es decir, en función de la calidad del trabajo que realice. Por lo demás, los investigadores son también lo que son como ciudadanos y de eso depende su implicación en los problemas y con las personas con las que realizan su tarea.